

Jessie Burton

LA MUSA



A Alice, Teasel y Pip

«Jamás volverá a narrarse una historia como si fuera
la única.»

JOHN BERGER

I

REPOLLOS Y REYES





1

No todos recibimos lo que nos merecemos. Muchos momentos que cambian el curso de una vida —una conversación con un desconocido a bordo de un barco, por ejemplo— son pura casualidad. Y aun así, nadie te escribe una carta ni te escoge como confesor sin tener una buena razón. Esto es lo que ella me enseñó: que para tener suerte en la vida hay que estar preparado. Hay que poner las piezas en juego.

Cuando me llegó a mí el día, hacía tanto calor que se me habían formado medias lunas bajo las axilas en la blusa que la zapatería proporcionaba a todas las empleadas.

—No importa el número —dijo la mujer, a la vez que se secaba la cara con un pañuelo.

Me dolían los hombros y tenía las puntas de los dedos irritadas. Me quedé mirándola; el sudor le había convertido el color rubio del flequillo en un marrón parecido al pelaje de un ratón mojado. El calor de Londres; nunca tiene por dónde escapar. Yo no lo sabía aún, pero aquella mujer iba a ser la última cliente a la que atendería.

—¿Disculpe?

—He dicho —recalcó ella con un suspiro— que me vale cualquier número.

Ya era casi la hora de cerrar, lo que significaba que tendríamos que pasar la aspiradora por la moqueta para recoger todas las partículas de piel seca: migas de pies, las llamábamos. Cynth siempre decía que con aquellos desechos podríamos haber moldeado un pie entero, un monstruo capaz de ponerse a bailar él solo. A ella le gustaba su empleo en Dolcis Shoes y me había conseguido el mío, pero, transcurrida la primera hora, yo ansiaba el frescor de mi habitación, mis cuadernos baratos, el lápiz que me esperaba junto a la estrecha cama. «Chica, alegra esa cara —me susurraba Cynth—, ¿acaso prefieres trabajar en la funeraria de al lado?»

Me replugué en dirección al almacén, un lugar al que solía escaparme, pues ya me había vuelto inmune a su intenso olor a suelas de caucho. Tenía ganas de meterme allí y gritar en silencio contra aquella pared de cajas.

—¡Espere! ¡Oiga, espere! —gritó la mujer al ver que me iba.

Cuando tuvo la seguridad de contar con toda mi atención, se inclinó y se quitó el gastado zapato de salón que llevaba, dejando al descubierto un pie sin dedos. No tenía ni uno. Era un muñón liso, un bloque de carne que descansaba inocente sobre la desvaída moqueta.

—¿Lo ve? —me dijo en tono resignado, al tiempo que se descalzaba el otro pie y revelaba una situación idéntica—. Relleno las punteras con papel, así que da lo mismo que me traiga un número u otro.

Fue todo un espectáculo y no se me ha borrado de la memoria: la inglesa que me enseñó sus pies sin dedos. En aquel momento quizá me dio asco. Siempre se dice que los jóvenes soportan mal la fealdad, que no han aprendido a disimular la sorpresa. En realidad, yo no era joven, tenía veintiséis años. No sé lo que hice en aquel momento, pero sí recuerdo que se lo conté a Cynth cuando regresábamos al piso que compartíamos frente a Clapham Common y también recuerdo que ella lanzó una exclamación de horror al imaginar aquellos pies sin dedos.

—¡El Monstruo de los Muñones! —exclamó—. ¡Vie-
ne a devorarte, Delly! —A continuación, en un tono más
optimista y pragmático, añadió—: Al menos puede usar los
zapatos que quiera.

A lo mejor aquella mujer era una bruja que anunciaba el
cambio que iba a obrarse en mi camino. No lo creo, porque
de eso se encargó otra mujer distinta, pero sí da la sensa-
ción de que su presencia puso un macabro punto final a ese
capítulo de mi vida. ¿Creyó ver una vulnerabilidad similar
en mi persona? ¿Ocupábamos ella y yo un espacio en el que
no teníamos más remedio que rellenar el hueco con papel?
No lo sé. Cabe una minúscula posibilidad de que ella sólo
quisiera comprarse unos zapatos nuevos. Y aun así, siempre
la recuerdo como salida de un cuento de hadas, porque aquél
fue el día en que todo cambió.

A lo largo de los cinco años transcurridos desde que viajé en
barco de Puerto España a Inglaterra, había solicitado otros
muchos empleos y no me habían contestado de ninguno.
Cuando el tren de Southampton entró en la estación de Wa-
terloo, Cynth confundió las chimeneas de las casas con fábric-
as, una promesa de trabajo abundante. La promesa resultó
difícil de cumplir. Yo solía fantasear con dejar Dolcis una vez
que me admitieran como encargada de servir el té en un pe-
riódico nacional. En mi país, con mi titulación y mi amor
propio, nunca se me habría ocurrido servir el té a nadie, pero
Cynth me había dicho: «Ese trabajo podría desempeñarlo
una rana sorda, tuerta y coja y en cambio a ti no te lo darían,
Odelle.»

Cynth, con la que había ido al colegio y con la que había
viajado a Inglaterra, estaba perdidamente enamorada de dos
cosas: los zapatos y su prometido, Samuel, al que había cono-
cido en nuestra iglesia de Clapham High Street. (Sam resul-
tó ser todo un regalo inesperado, teniendo en cuenta que lo

normal era que aquella iglesia estuviera repleta de señoras maduras que nos hablaban de las maravillas de los viejos tiempos.) Como tenía a Samuel, Cynth no se agobiaba por todo, al contrario que yo, y eso podía ser una fuente de tensiones entre nosotras. Yo afirmaba a menudo que ya no podía más, que no era como ella, y Cynth me respondía: «Ah, ¿porque yo soy una pobre tonta y tú mucho más inteligente?»

Había llamado por teléfono a muchos anuncios de trabajos para los que no se requería experiencia y en todos me respondían con gran amabilidad, hasta que acudía personalmente al sitio y, ¡milagro, milagro!, todos los puestos estaban ya ocupados. Aun así, ya fuera debido a una actitud irracional o al deseo de reclamar lo que me correspondía por derecho, continué solicitando empleos. El más reciente —y el mejor que había visto hasta entonces— era un puesto de mecanógrafa en el Instituto de Arte Skelton, un lugar lleno de columnas y pórticos. Incluso había ido a verlo en una ocasión, el sábado libre que me correspondía cada mes. Deambulé todo el día por las salas, de Gainsborough a Chagall, pasando por las aguatinas de William Blake. En el tren de regreso a Clapham, una niña se quedó mirándome fijamente, como si yo fuera un cuadro. De pronto, alargó sus deditos y me tocó el lóbulo de la oreja, al tiempo que preguntaba a su madre:

—¿Está suelto?

Su madre no la reprendió; por su cara, parecía esperar que el propio lóbulo se encargara de dar una maldita respuesta.

Yo no había peleado con los chicos a fin de obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de las Indias Occidentales para nada. No había soportado que una niña me pellizcase la oreja en un vagón de tren para nada. En mi país, el mismísimo Consulado Británico me había concedido el primer premio de los Estudiantes de la Commonwealth por mi poema titulado «El lirio araña del Caribe». Lo siento, Cynth, pero no pensaba pasarme el resto de

la vida probando zapatos a aquellas Cenicientas sudorosas. Hubo lágrimas, por supuesto, y la mayoría de ellas mojaron mi hundida almohada. La presión del deseo me retorció las entrañas. Eso me avergonzaba y, sin embargo, me definía. Yo tenía cosas más importantes que hacer y ya llevaba cinco años esperando. Entretanto, escribía poemas vengativos acerca del clima inglés y mentía a mi madre diciéndole que Londres era el paraíso.

Cuando Cynth y yo llegamos a casa, nos encontramos la carta en el felpudo. Me quité los zapatos y me quedé de pie en el vestíbulo, inmóvil como una piedra. El matasellos era de Londres W1, el centro del mundo. Sentí las frías baldosas victorianas bajo mis pies descalzos; dedos flexionados contra el marrón y el azul. Deslicé el pulgar por debajo de la solapa del sobre y la levanté como si fuera una hoja rota. Tenía el membrete del Instituto de Arte Skelton.

—¿Y bien? —me apremió Cynth.

No respondí, con la uña del dedo seguía el estampado floral en relieve del empapelado de la pared mientras, en estado de *shock*, leía el contenido de la carta hasta el final.

*Instituto Skelton
Skelton Square
Londres, W1*

16 de junio de 1967

Estimada señorita Bastien:

Gracias por enviar su carta de solicitud y su currículum vitae. Prosperar, sean cuales sean las circunstancias que la vida nos depare, es lo mínimo que puede anhelar cualquier ser humano. Está claro que usted es una joven dotada de una gran capacidad y una amplia

preparación. Tengo, pues, el placer de invitarla a una semana de prueba en el puesto de mecanógrafa.

Hay mucho que aprender y una gran parte debe aprenderse en solitario. Si esta oferta es de su agrado, le ruego que me haga saber a vuelta de correo si la acepta, en cuyo caso continuaremos con el procedimiento. El salario inicial es de diez libras por semana. Con mis mejores deseos,

Marjorie Quick

¡Diez libras por semana! En Dolcis ganaba sólo seis. Cuatro libras suponían una grandísima diferencia, pero lo importante no era el dinero, sino que con ese empleo estaba un paso más cerca de lo que siempre había considerado que eran las Cosas Importantes: la cultura, la historia, el arte. La carta estaba firmada con tinta negra, la «M» y la «Q» eran extravagantes, casi de aspecto italiano de tan magníficas. La carta olía ligeramente a un perfume peculiar y estaba un poco doblada, como si Marjorie Quick la hubiera tenido unos días guardada en el bolso antes de tomar la decisión de echarla al correo.

Adiós, zapatería, adiós, empleo soporífero.

—Lo he conseguido —susurré a mi amiga—. Quieren que trabaje para ellos. Lo he conseguido de verdad.

Cynth soltó un grito y me dio un abrazo.

—¡Sí!

Se me escapó un sollozo.

—Lo has logrado, ahora sí —repetía Cynth una y otra vez, mientras yo le resollaba en el cuello igual que la brisa que sopla tras una tormenta en Puerto España. Finalmente, cogió la carta y me preguntó—: ¿Qué clase de nombre es Marjorie Quick?

Yo estaba demasiado eufórica para contestarle.

Ya puedes clavar las uñas en la pared, Odelle Bastien; destroza ese empapelado de flores. Sin embargo, teniendo

en cuenta lo que ocurrió y los problemas que todo aquello te causó, ahora me pregunto si volverías a hacer lo mismo. ¿Te presentarías en el Skelton a las ocho y veinticinco de la mañana del lunes 3 de julio de 1967, ajustándote aquel sombrerito nuevo, agitando los pies dentro de tus zapatos de Dolcis, a trabajar por diez libras a la semana para una mujer que se llamaba Marjorie Quick?

Sí, lo haría de nuevo. Porque yo era Odelle y Quick era Quick. Y creer que existen segundas oportunidades es de necios.

Había imaginado que trabajaría en una sala abarrotada de laboriosas mecanógrafas, pero estaba yo sola. Una gran parte del personal se hallaba ausente, supongo que de vacaciones en algún lugar exótico como Francia. Todos los días subía la escalinata de piedra que conducía hasta las amplias puertas del Skelton, cuyas hojas llevaban grabado en letras doradas «ARS VINCIT OMNIA». Apoyando las manos en el *vincit* y en el *omnia*, empujaba las puertas y entraba en un espacio que olía a cuero viejo y a madera pulimentada; a mi derecha había un largo mostrador de recepción y detrás de éste una pared llena de casilleros, ya ocupados con el correo matinal.

La vista desde el sitio que me habían asignado era horrible: un muro de ladrillos ennegrecidos por el hollín y una profunda caída en vertical cuando uno se asomaba. Alcanzaba a ver un callejón al que salían a fumar los botones y las secretarías del edificio contiguo. No llegaba a oír sus conversaciones, tan sólo observaba su lenguaje corporal, el ritual de una mano que palpaba un bolsillo, dos cabezas que se juntaban como para darse un beso cuando el cigarrillo salía del paquete y el encendedor le prendía fuego, una pierna inclinada hacia atrás con coquetería, contra una pared. Era un lugar de lo más recoleto.

Skelton Square se hallaba detrás de Piccadilly, hacia el río. Existía desde el reinado de Jorge III y había salido bien parada de los bombardeos del Blitz. Más allá de los tejados se oía el ruido de Piccadilly Circus: motores de autobuses y bocinas de automóviles, las continuas llamadas de los muchachos que vendían leche. En aquel lugar, en pleno corazón del West End de Londres, había una falsa sensación de seguridad.

Durante casi toda la primera semana, la única persona con la que hablé fue una joven llamada Pamela Rudge. Era la recepcionista y siempre estaba allí, en su mostrador, leyendo el *Express* con los codos apoyados en el tablero y mascando chicle, hasta que aparecían los peces gordos y tiraba el chicle a la papelería. Entonces, con una leve mueca de sufrimiento, como si la hubieran interrumpido en medio de una actividad dificultosa, plegaba el periódico como si se tratara de un delicado encaje y levantaba la vista hacia mí.

—Buenos días, Adele —me decía.

A sus veintiún años, Pam Rudge era el último espécimen de una larga lista de empleadas del East End, con una colmena inmóvil sujeta con laca a la cabeza y suficiente lápiz de ojos como para cinco faraones.

Rudge era una chica moderna, abiertamente sexual. Me gustaba su vestido color verde menta y sus blusas de grandes lazadas en tonos anaranjados oscuros, pero yo no tenía suficiente seguridad en mí misma para lucir mi cuerpo de aquella forma. Todo mi atractivo estaba dentro de mi cabeza. Deseaba sus barras de carmín, su colorete, pero aquellos polvos me transportaban a extrañas zonas grises en las que parecía un espectro. En el departamento de maquillaje de Arding & Hobbs, del barrio de Clapham Junction, sólo encontraba cosas con nombres como «Mantequilla», «Rubio Maíz», «Rojo Melocotón», «Flor de Sauce» y demás cursiladas.

Llegué a la conclusión de que Pamela era de esas personas cuya idea de una noche divertida consistía en atiborrarse de salchichas en Leicester Square. Seguro que se gastaba el sueldo en laca y novelas malas, pero era demasiado tonta incluso para leer eso. Yo debía de transmitirle inadvertidamente estos pensamientos, porque cada mañana, cuando me veía llegar, abría mucho los ojos con expresión de sorpresa, como si la asombrara que hubiera tenido el valor de volver, o bien mostraba un aburrimiento rayano en lo comatoso en cuanto yo asomaba la cabeza. A veces ni siquiera levantaba la vista cuando yo alzaba la trampilla del mostrador y la dejaba caer de nuevo, haciendo el mínimo ruido posible junto a su oído derecho.

En cierta ocasión, Cynth me dijo que yo estaba más guapa de perfil, y le contesté que ese comentario me hacía sentir como si fuese una moneda. Pero ahora me hace pensar en mis dos caras, en la impresión de persona arrogante que seguramente le di a Pamela, en la calderilla de mi personalidad que aún no se había guardado nadie en el bolsillo. Lo cierto era que me sentía muy superior frente a una chica como Rudge.

Ella no conocía a ningún otro «negro», me dijo el jueves de aquella primera semana. Cuando le contesté que yo tampoco conocía a nadie por ese nombre hasta que llegué allí, me miró con un gesto totalmente inexpresivo.

Sin embargo, a pesar del torpe baile con Pamela, me sentía eufórica por estar allí. El Skelton era el Edén, La Meca y Pemberley; mis mejores sueños hechos realidad. Un despacho, una mesa, una máquina de escribir, el paseo por Pall Mall por la mañana cuando iba andando desde Charing Cross, un bulevar de luz dorada.

Una de mis tareas consistía en transcribir notas de investigación para académicos de los que sólo veía sus indescifrables garabatos sobre estatuas de bronce o conjuntos de linograbados. Disfrutaba con ello, pero mi cometido principal

giraba en torno a una bandeja que había sobre mi mesa y que siempre estaba llena de cartas que tenía que pasar a máquina y entregar a Pamela. La mayoría de las veces eran bastante triviales, pero de vez en cuando me encontraba con una joya, una carta de súplica dirigida a algún viejo millonario o a alguna dama decrepita que estaban en las últimas. «Mi querido sir Peter, fue un gran placer para mí identificar el Rembrandt que conservaba usted en su desván en el año 57. ¿Tendría la amabilidad de permitir que el Skelton lo ayudara a catalogar el resto de su maravillosa colección?» Y así sucesivamente. Había cartas dirigidas a financieros y a magnates del cine en las que se los informaba de que había un Matisse circulando por ahí o se les preguntaba si les gustaría que se pusiera su nombre a una nueva sala del Skelton, siempre y cuando nosotros pudiéramos llenarla con obras de su propiedad.

Principalmente las redactaba el director, un individuo llamado Edmund Reede. Pamela me contó que tenía unos sesenta años y un carácter irascible. Durante la guerra había tenido algo que ver con la recuperación de obras de arte confiscadas por los nazis, pero no sabía más. Para mí, el nombre de Edmund Reede evocaba esa quintaesencia intimidatoria de lo inglés, caballeros vestidos por los sastres de Savile Row, que acudían a los clubes de Whitehall, comían bistecs y cazaban zorros. Trajes de tres piezas, cabello engominado, reloj de oro del bisabuelo Henry. Me cruzaba con él por los pasillos y siempre me miraba con cara de sorpresa. Era como si yo fuese completamente desnuda. En el colegio habíamos estudiado a los personajes como él: caballeros protegidos, ricos, de raza blanca, que cogían su pluma y describían el mundo para que los demás lo leyéramos.

El Skelton era un poco como ese mundo, al que me habían enseñado que me convenía pertenecer, y sólo con pasar a máquina aquellas cartas ya me sentía más cerca de todo ello, como si mi contribución fuera muy valiosa, como si me hubiesen escogido por alguna razón particular. Y lo mejor de

todo: trabajaba muy rápido. De manera que, cuando terminaba las cartas, aprovechaba una hora suelta aquí y otra allá para escribir mi propia obra. Empezaba una y otra vez, arrugaba infinitas hojas de papel y me aseguraba de guardármelas en el bolso en vez de dejarlas en la papelería a modo de prueba. Algunos días me iba a casa con el bolso rebosante de bolas de papel.

Le dije a Cynth que ya se me había olvidado el olor del almacén de Dolcis.

—Es como si una semana pudiera hacer que desaparecieran cinco años —comenté, resuelta y entusiasmada por mi transformación.

Le hablé de Pamela y bromeé acerca de la rigidez de su peinado de colmena. Cynth se quedó quieta un momento y frunció el ceño, porque estaba friéndome un huevo en nuestro minúsculo piso y el hornillo no era muy de fiar.

—Me alegro por ti, Delly —me dijo—. Me alegro de que te esté yendo tan bien.

El viernes de la primera semana, ya terminadas las cartas de Reede, estaba yo batallando con un poema durante un rato de calma. Cynth me había dicho que lo único que quería como regalo de boda era «algo escrito por ti, que se note que ves mi boda como sólo tú eres capaz de verla». Conmovida pero angustiada, me quedé con la vista fija en la máquina de escribir del Skelton, pensando que era evidente que Cynth y Sam estaban hechos el uno para el otro. Eso me hizo pensar en mi propia carencia; tenía el pie, pero no el zapato de cristal. Y también me hizo darme cuenta de que llevaba varios meses desechando todo lo que escribía. Odiaba cada palabra que salía de mí, no les permitía ni respirar.

Justo cuando se me acababa de ocurrir una frase, entró una mujer.

—Hola, señorita Bastien —me saludó, y al momento la idea se esfumó—. ¿Qué tal le va? Permítame que me presente. Soy Marjorie Quick.

Me puse de pie y, con las prisas, le di un golpe a la máquina de escribir, lo que hizo reír a la mujer.

—Tranquila, esto no es el ejército. Siéntese.

Miré fugazmente el poema que tenía en el rodillo de la máquina y se me encogió el estómago al pensar que ella pudiese acercarse y verlo.

Marjorie Quick dio un paso adelante con la mano extendida y su mirada se desvió un instante hacia la máquina. Le estreché la mano deseando que se quedase al otro lado de la mesa. Así lo hizo y percibí el olor a tabaco que llevaba adherido a su persona, mezclado con un perfume almizcleño, masculino, que reconocí de la carta que me había enviado y que más adelante descubriría que se llamaba Eau Sauvage.

Marjorie Quick era menuda, erguida, y vestía de una manera que eclipsaba todos los esfuerzos de Pamela. Un pantalón ancho de color negro que flameaba como una vela cuando caminaba. Una blusa de seda rosa con un pañuelo de satén gris al cuello, un poco suelto. Como recién salida de Hollywood, con su cabello entrecano corto y rizado y con aquellas mejillas que parecían talladas en madera fina. Le calculé unos cincuenta y pocos años, pero no se parecía a ninguna cincuentona que yo hubiera conocido. Tenía el mentón puntiagudo y la rodeaba un aura de glamur.

—Hola —dije, sin poder dejar de mirarla.

—¿Algún problema?

Quick parecía sentir lo mismo que yo, porque clavó en mí sus iris oscuros y líquidos mientras aguardaba mi respuesta. Se la veía un poco ruborizada y tenía la frente ligeramente perlada de sudor.

—¿Problema? —repetí.

—Bien. ¿Qué hora es? —Tenía el reloj justo a la espalda, pero no se volvió.

—Casi las doce y media.

—Pues vámonos a comer.